

Alfonso MARTÍN JIMÉNEZ, *Guzmanes y Quijotes. Dos casos similares de continuaciones apócrifas*. Valladolid, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2010. 164 p.

(ISBN: 978-84-8448-533-7; *Literatura Fastiginia*, 3.)

Jerónimo de Pasamonte o quien se encubriese bajo el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda tendría que darse con un canto en los dientes, pues, aunque no venciera en su personal batalla contra Cervantes, se dio la suficiente habilidad como para que, al cabo de casi cuatrocientos años, su nombre y su libro sigan dando materia para aumentar la ya de por sí abundante bibliografía quijotesca. En esta ocasión, es la Universidad de Valladolid la que ha dado cobijo a Avellaneda en el número 3 de su colección *Fastiginia*, que con tanto tino dirige Germán Vega y que hasta ahora había publicado *La rúbrica del poeta. La expresión de la autoconciencia poética de Boscán a Góngora* de Pedro Ruiz Pérez y *La pecadora penitente en la comedia del Siglo de Oro* de Natalia Fernández Rodríguez, ambos en el año 2009. Lo de la procedencia vallisoletana no es dato menor en este caso, pues en la misma Universidad el profesor Javier Blasco ha defendido al dominico fray Baltasar Navarrete como autor verdadero del *Quijote* apócrifo, mientras que Alfonso Martín Jiménez viene sosteniendo desde tiempo la antigua candidatura de Jerónimo de Pasamonte con artículos y libros como *El Quijote de Cervantes y el Quijote de Pasamonte: una imitación recíproca* (Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001) o *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al Quijote de Avellaneda* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2005).

Por si fuera poco y por esta vez, el tal de Avellaneda no viene solo, sino acompañado de otro cómplice de hurtos, como lo fue Mateo Luján de Sayavedra, alias que eligió como embozo el continuador del primer *Guzmán de Alfarache*. Y desde luego resulta sorprendente que, entre 1602 y 1614, las dos obras que cambiaron la historia de la narrativa de ficción recibieran sendas imitaciones espurias y enmascaradas. Aunque ya Benito Brancaforte se había ocupado del caso en su artículo «Mateo Alemán y Miguel de Cervantes frente a los apócrifos» (*Atalayas del Guzmán de Alfarache*, Sevilla, Universidad de Sevilla/Diputación de Sevilla, 2002, pp. 219-240), el nuevo trabajo del profesor Martín Jiménez lo hace con más detenimiento y matices. No obstante, acaso merezca la pena recordar la cronología de los hechos. Mateo Alemán estampó su *Primera parte de Guzmán de Alfarache* en 1599 y sólo tres años después saldría en Valencia una *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* firmada por Mateo Luján de Sayavedra, a la que Alemán respondió con su propia *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache* en 1604. Casi al tiempo, aunque con fecha de 1605, Cervantes sacó a la luz *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que en 1614 tuvo continuación en el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesto por «el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas». Para rematar la historia, Cervantes publicaría su *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* en 1615.

Hasta ahí todo... O casi todo, porque en el libro se traen también a colación otros textos como la *Vida y comedias* de Jerónimo de Pasamonte, copiada en limpio a finales de 1603, o el *Arte nuevo de hacer comedias* de Lope de Vega, impreso con las *Rimas* en 1609 y, desde luego, conocido antes como manuscrito en algunos círculos madrileños. Y es que, si bien Alfonso Martín se propone estudiar las similitudes, diferencias y relaciones de ambas continuaciones apócrifas y de las respuestas que les dieron los autores del *Guzmán* y el *Quijote*, lo hace a partir de un supuesto que ocupa el primero de los cuatro capítulos en que se divide el libro. Me refiero a la transmisión manuscrita de la *Vida y trabajos* de Pasamonte, pero también a la del *Arte nuevo* de Lope, de la segunda parte del *Guzmán* de Alemán y de la primera del *Quijote* cervantino antes de que se vieran en tipos de imprenta: lo cual da al traste por completo con la cronología de los impresos. Entiende Martín Jiménez que «era habitual que los autores literarios de los siglos XVI y

xvii, antes de publicar sus obras, y debido en parte a la lentitud de los trámites y trabajos de impresión, las dieran a conocer en manuscritos que circulaban de mano en mano»; y aclara que «no solo las obras cortas se hacían correr en forma de libros de mano o manuscritos, sino también las voluminosas» (pp. 13 y 14). Como prueba, esgrime los ejemplos conocidos de *El Buscón*, las obras poéticas de Góngora o las rimas de Bartolomé Leonardo de Argensola, para pasar de inmediato a volúmenes de otro calibre como los *Guzmanes* y los *Quijotes*. Tirando del mismo hilo, defiende una muy temprana difusión del *Arte nuevo* de Lope, que habría encontrado respuesta en un primer *Quijote* que Cervantes puso en circulación manuscrita lo suficientemente pronto como para que Lope pudiera a su vez dar la contrarréplica en el prólogo a *El peregrino en su patria*, de 1604. Se sigue entonces una defensa argumentada de la influencia de la *Vida* de Jerónimo de Pasamonte y de la segunda parte del *Guzmán* verdadero en la primera parte del *Quijote*, a partir de la lectura que Cervantes habría hecho de sendos manuscritos.

El segundo capítulo del libro se propone establecer el uso que Luján de Sayavedra hizo de la primera parte del *Guzmán* y detectar la presencia de rastros de esa segunda parte manuscrita, en especial a partir del capítulo II, 5 de su obra. Por su parte, el tercer capítulo indaga brevemente en la influencia de las tres partes del *Guzmán de Alfarache* tanto en Cervantes como en Avellaneda, para dar, por fin, paso al cuarto, último y más extenso capítulo. Esta sección analiza pormenorizadamente los casos paralelos de imitación fraudulenta por parte de Sayavedra y Avellaneda y las réplicas correspondientes, cotejando uno tras otro los títulos y portadas de los seis libros de Alemán, Luján, Cervantes y Avellaneda, sus dedicatorias, prólogos, elogios, poemas laudatorios y aun los retratos de Alemán y Cervantes, que se ponen en parangón con los de Lope para la *Arcadia* o la *Jerusalén*. Le siguen las huellas que de esa imitación quedaron en la narración de sus segundas partes, para concluir que Cervantes se inspiró en Alemán a la hora de denunciar el robo, señalar al ladrón, censurar los errores de la copia y mejorarlos en su propia continuación: «Cervantes, siguiendo el ejemplo de Alemán, aunque sin confesarlo de forma explícita, se sirvió del manuscrito del *Quijote* de Avellaneda (y del propio libro cuando fue publicado) para componer la totalidad de los episodios de la segunda parte de su *Quijote*, en los cuales también llevó a cabo una imitación correctiva y meliorativa de la obra de su rival, y se burló además frecuentemente de la misma» (p. 153).

Hasta llegar a tales conclusiones, Alfonso Martín Jiménez va tejiendo una densa argumentación, fruto de un análisis detenido y meticuloso que sabe llamar la atención sobre claves, similitudes o disparidades entre los libros implicados en el asunto. Bien mirada, la obra es un excelente ejercicio de lectura comparada de los tres *Guzmanes* y los tres *Quijotes*, con una más que considerable utilidad para quien ande deambulando por esos lares de la literatura española. Pero siempre ha de haber un *pero* en la retórica de las reseñas; y aunque todo esto me coja alejado de los reinos avellanedescos, mi *pero* tiene que ver con la premisa inicial del silogismo. A fuer de ser tachado de conservador y tradicionalista en materia de historia literaria, se me hace difícil aceptar que mamotreto de tanto calibre anduvieran manuscritos de mano en mano por la España de principios del siglo xvii.

No hay duda —como ejemplificó Fernando Bouza en su *Corre manuscrito*— de que durante el Siglo de Oro siguieron circulando escritos de mano de toda índole, desde poemas a novelitas, tratados genealógicos, obras devotas y hasta algún texto caballeresco. Un buen ejemplo de ello es la *Vida* de Pasamonte, en cuya coda puede leerse: «Acabé este presente libro en Nápoles, de mi propia mano, haciéndole copiar de verbo *ad verbum* y de mejor letra a los veinte de diciembre 1603, gracias a mi Dios, y lo firmo de mi propia mano» (*Autobiografía*, Sevilla, Renacimiento, 2006, p. 183). Pero pasar de ahí a volúmenes del grosor de un *Guzmán* o de un *Quijote* es otra cosa, por más que del *Quijote* tengamos las referencias expresas en *La pícara Justina* y la tan traída y llevada carta de Lope, que cabe interpretar de muy diversos modos. Por el contrario, ni el más mínimo atisbo se ha encontrado de una posible difusión manuscrita de la segunda parte del

Guzmán, aun cuando el propio Alemán declarase en los preliminares de 1599 que tenía su historia «escrita» y dispuesta «para imprimirla en un solo volumen».

Hubo de haber, más que probablemente, una difusión manuscrita de fragmentos, capítulos o historias parciales del *Quijote* —y aun del *Guzmán*— en círculos restringidos, que justifican, por ejemplo, su coincidencia editorial en torno a 1604 con la *Justina* o el *Peregrino en su patria* y las prisas que todos tuvieron por dar sus libros a la estampa. Pero poco más, pues muchas de las observaciones que en la argumentación del libro se dan como pruebas fehacientes de esa circulación y de su subsiguiente imitación pueden explicarse sin ella: unas veces como lugares mostrencos y comunes, otras como meras coincidencias o incluso como conjeturas del investigador. Tanto el segundo *Guzmán* como los dos *Quijotes* pudieron escribirse sin la lectura previa de esos supuestos códices. Y aun cabe añadir algo más. No creo que Alemán ni Cervantes tuvieran los dineros precisos para pagar varias copias en limpio de un texto tan extenso, ni que invirtieran su tiempo en hacerlo ellos mismos. Fueron, por otro lado, dos escritores especialmente atentos a las consecuencias y posibilidades de la imprenta. Baste recordar el desahogo con que Cervantes cuenta la venta de sus *Ocho comedias*: «... vendíselas al tal librero, que las ha puesto en la estampa como aquí te las ofrece; él me las pagó razonablemente; yo cogí mi dinero con suavidad»; o el delirio de Alemán haciendo trasladar a su casa una prensa de Clemente Hidalgo para tirar el *San Antonio de Padua*, si hemos de creer al alférez Luis de Valdés en su «Elogio» del *Guzmán* segundo: «... supe por cosa cierta que de anteanoche componía lo que se había de tirar en la jornada siguiente... Y en aquellas breves horas de la noche le vieron acudir a lo forzoso de sus negocios, a contar y escoger papel para dar a los impresores, a componer la materia para ellos...» (ed. J. M. Micó, Madrid, Cátedra, 1987, vol. II, p. 27).

Fueron muy pocos los contemporáneos que exhibieron una conciencia tan radicalmente moderna de la imprenta, de la autoría o del mercado de libros. Y es que Cervantes y Mateo Alemán, acompañados del inevitable Lope, responden punto por punto a ese nuevo modelo de existencia que Marshall McLuhan definió como «*homo typographicus*». Aun con esta salvedad —fruto más del debate intelectual que de la crítica—, hay que aplaudir el trabajo llevado a cabo por Alfonso Martín Jiménez por la elección de un tema tan atractivo como complejo, por el riesgo asumido en su explicación y por el atento rigor con que ha leído las obras para urdir toda la red de relaciones que muestra en este su *Guzmanes y Quijotes*.

Luis GÓMEZ CANSECO
(Universidad de Huelva)

Lupercio LEONARDO DE ARGENSOLA, *Tragedias*. Edición de Luigi Giuliani. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009. CCXXXV-384 p.

(ISBN: 978-84-92774-51-7; *Larumbe*, «Textos Aragoneses», 63.)

La «tragedia filipina» no tiene buena prensa entre los estudiosos del teatro áureo. Tampoco gozaba hasta la fecha de ediciones modernas de calidad. Cuando en Francia los Garnier¹, de la Taille² y consortes o, en Inglaterra, los Marlowe, Kyd, Webster y Middleton³ llevan más de un decenio al alcance de la mano del lector, quien se atrevía con la lectura de sus coetáneos españoles se veía abocado hasta hace poco a hacerlo en unas ediciones muy difíciles de encontrar a la par que necesitadas de una buena actualización: las del conde la Viñaza (Argensola), Francisco A. de

¹ Véase Garnier, *Théâtre complet*, 1997.

² Véase de la Taille, *Tragédies*, 1998.

³ Véase *Six Renaissance tragedies*, 1997.